



RIICOPS
Red Iberoamericana
de Investigación
en Comunicación,
Política y Sociedad



**UNIVERSIDAD
DE CHILE**



Comunicación, Política y Sociedad

Estudios y Reflexiones Contemporáneas

Salvador Percastre-Mendizábal
Editor

Prólogo de Jenaro Villamil

Mayorías excluidas. Ecosistemas digitales, metáforas ecológicas y procesos de contigüidad

Lila Luchessi

Resumen

Se realiza una revisión sobre las metáforas ecológicas en la discusión sobre los medios. Se justifica su capacidad para explicar las relaciones sociales que se gestan, gestionan y confluyen en espacios mediatizados a través de plataformas digitales y tradicionales. Se examinan los fenómenos comunicacionales que han influido en la sociedad, dentro de los ecosistemas digitales, a la luz de dichas metáforas y se genera un análisis sobre los procesos de jerarquización, exclusión, aislamiento, desconfianza y autoritarismo entre los grupos que tienen acceso y usan las plataformas digitales, diluyendo las esperanzas de participación social que se tenían puestas en dichas tecnologías.

Palabras clave: metáforas ecológicas; ecosistema digital; exclusión digital.

Introducción

Las metáforas ecológicas no resultan nuevas en la discusión sobre los medios. Sus relaciones con la sociedad y la política —y su capacidad para sustentar una teoría que permita comprender y explicar las relaciones sociales que se gestan, gestionan y confluyen en espacios mediatizados a través de plataformas digitales y tradicionales— representan una preocupación a lo largo del tiempo.

Los estudios que se sustentan en ellas —y las explicaciones que surgen de sus aplicaciones para el análisis de las distintas plataformas— dan cuenta de una necesidad constante de ordenar y regular los espacios culturales, sociales y políticos.

Metáforas ecológicas y mayorías excluidas

En la introducción a *Leyes de los medios*, Marshall y Eric McLuhan plantean lo siguiente:

Una ciencia teórica debe empezar con conocimiento y teoría; una ciencia empírica con ignorancia y tendencia. Una de ellas está arraigada en conceptos, la otra en preceptos. La primera no puede triunfar a menos que tenga un aparato para localizar y remediar las fallas del razonamiento, así como la segunda no puede triunfar sin un aparato similar para detectar y compensar las tendencias sensorias. (McLuhan, 1990, p. 343)

En este contexto, las metáforas son operacionales para el análisis de segmentos culturales, sociales y políticos. Sin embargo, no alcanzan a vislumbrar que los “conceptos” y “preceptos” que se utilizan solo dan cuenta de microsegmentaciones que operan de forma metonímica en sus expresiones en la red y sus proyecciones sobre el resto de la sociedad. Esto tiene el peligro de no comprender a los otros actores que también la integran y elaborar conclusiones sesgadas por la pertenencia o conocimiento de un segmento en particular.

La idea de la generalización, superficial y totalizadora de cada una de las minorías que disputan los liderazgos sociales, culturales y políticos, se sustenta de manera contundente a través de las plataformas digitales.

Si bien, en los ecosistemas tradicionales, las segmentaciones llevan a agrupar “lo que se parece”, en relación a su nivel económico-social, estilo de vida, pertenencias generacionales o geográficas, aspiración de liderazgos sociales, etc.; las percepciones de homogeneidad ideológica, con tendencia a pensar que integran mayorías, no resultan tan sencillas de generalizar. Sobre todo, porque, en gran parte de los países, se integran los procesos globalizadores solamente desde el consumo y, el desequilibrio cultural que se genera se resuelve integrando a parte de los ciudadanos, desde una perspectiva individual (Villanueva Mansilla, 2021).

Las plataformas, sus lenguajes de programación y sus impactos narrativos, construyen especies percibidas como mayoritarias e influyentes. Lo digital -como ambiente- elabora relaciones e interacciones entre el *on* y el *off line*.

Pequeñas minorías intensas, a través de plataformas -también minoritarias- generan tendencias sesgadas respecto de los posicionamientos políticos, la participación de la ciudadanía y las preocupaciones de la sociedad.

Según datos del Banco Mundial, casi la mitad de la población global no tiene internet. Solo el 60 % de quienes habitan el planeta tienen acceso a la web. Casi la totalidad de los usuarios de plataformas se distribuyen entre las distintas redes, mientras que solo un 2 % de quienes acceden a la conectividad no se comunican a través de estas comunidades.

We Are Social analiza qué hacen los usuarios en redes y plataformas. El 58% de la población mundial es usuario de redes sociales. Entre ellos, la mayoría pasa alrededor de dos horas y media expuesto a las interacciones de la web.

De los cuatro billones y medio de usuarios que usan redes sociales, las plataformas más utilizadas son Facebook y YouTube, con el 64% y 51% del total de usuarios respectivamente. En tanto, WhatsApp y TikTok experimentaron -en tan solo doce meses- crecimientos cercanos a los dos dígitos (We are Social, 2022).

Twitter es una de las plataformas menos utilizadas en la web. Ubicada en el décimo quinto lugar de un ranking que mide a 17 empresas digitales, algunos de sus usuarios se auto perciben como influyentes en la sociedad, al tiempo en que no registran las demandas, expresiones y exclusiones de los sectores de los que dicen hablar.

Estos datos reportan que la mayoría de los usuarios se nuclean en torno de unas pocas redes con alta capacidad de repercutir en el resto de las interacciones sociales. Las interacciones -que se reiteran dentro de las comunidades como si fuesen mayoritarias- suelen dar cuenta del sesgo y las formas de construcción de las creencias.

Según una encuesta realizada por investigadoras de FLACSO, en la Argentina el 50 % de las familias valora negativamente la educación del país, pero el 90 % considera que la de sus hijos es buena (Del Bianco, 2022). Claramente, la experiencia acomoda las creencias que se generan en las distintas cámaras de eco y luego circulan por las redes y los medios tradicionales.

La pretensión metafórica de sustituir votos por clics y -de ese modo- procurar una representación que no es tal, se sostiene en procesos de contigüidad entre quienes dialogan entre ellos mismos y no son permeables a las voces que no consideran representativas o pertenecientes al mismo espacio.

Tomando el mismo ejemplo, son pocos los que hacen el ejercicio de preguntarse si esto que se plantea para la comunidad, de la cual parecen excluirse, vale para ellos mismos o sus grupos de pertenencia.

En este esquema, la representatividad ciudadana se torna metonimia pura. Y, por tanto, impone pocas voces con alta capacidad expresiva que ordenan posiciones poco democráticas.

Uno de los problemas fundamentales de este tipo de relaciones es que, más que horizontalizarse y permitir una ampliación de las voces que se expresan socialmente, generan una jerarquización aristocrática que no encuentra eco en los sectores a los que se refieren, pero que prefieren no escuchar. Un ejemplo es que las voces de los sectores populares, las minorías de género, las minorías étnicas, entre tantas otras, suelen ser dichas por otros. Sin embargo, ese denominador común, que les transforma en segmentos mayoritarios, no es tomado en cuenta por quienes los sustituyen a través de las redes.

Las condiciones de precariedad, vulnerabilidad y pobreza resultan mayoritarias y sustituyen posiciones políticamente correctas, que se esconden detrás de los rasgos minoritarios para decir qué se debe hacer, sin hacerse cargo de una exclusión más general y permanente sobre la cual no se opera ni se aportan soluciones.

Las metáforas se ordenan, con la sustitución del rasgo excluyente que constituye un colectivo mayoritario, para visibilizar el que lo individualiza y lo transforma en minoría. De ese modo, el problema se desmaterializa para volverse simbólico o, lo que es peor, “político”. Entre comillas y vacío de contenido.

La operación que transforma a una comunidad mayoritaria, atravesada por la pobreza, en pequeños colectivos intensos y dichos por quienes tienen resuelta la subsistencia y aspiran al liderazgo y la visibilidad social, no es metafórica ni ecológica. Es metonímica y cultural.

Estas demandas de expresión, dejan de lado los procesos informacionales en los que la sociedad se posa para tomar decisiones relevantes para el conjunto. La información socialmente necesaria (Schiller, 1996), para dar cuenta una representación concreta, legítima y democrática, choca con los procedimientos de transformación de los colectivos mayoritarios en especies minoritarias e individualistas dentro de una comunidad mayor.

Estos procedimientos, en su mayoría bien intencionados, son favorables al uso del *low fare* y la construcción de *fake news* que se integran a los juegos electorales desvirtuando la calidad política y la participación ciudadana.

Es en ese contexto, en el que las discusiones se retrotraen a mediados de los años 90 del siglo pasado; el tiempo en que las metáforas no eran ecológicas sino cartográficas, aunque las referencias bibliográficas resultaban similares.

Ecosistemas digitales y procesos de contigüidad

En una obra insoslayable, Aníbal Ford explica: “Estamos ante nuevos procesos. Pero también estamos ante una reclasificación de archivos cognitivos y comunicacionales, en la cual saberes muchas veces desplazados o desjerarquizados por la modernidad pasan a ser referentes de conocimiento o campos de recuperación” (Ford, 1994, p. 209). Esos saberes a los que refiere son las metáforas macluhanianas que, en un ecosistema liderado por tecnologías y lenguajes digitales, resurge desde los bordes para instalar la discusión.

La problematización de las Leyes de los medios, las metáforas mcluhanianas y la incertidumbre sobre la globalización antecede las preocupaciones sobre las plataformas, el cibercrimen y el uso político de los dispositivos digitales.

En América Latina, las reflexiones acerca de las centralidades y periferias, las metáforas y sus territorialidades, las diversidades y el monopolio de la palabra tenían aportes durante los años ochenta y noventa con Landi (1987; 1991), García Canclini (1989), Monsivais (1987), Martín Barbero (1987), Mata (1981), entre otros.

Aquellas discusiones, resurgen con fuerza frente a las preguntas acerca de las plataformas, sus usos y apropiaciones. Pero, también, frente a las posibilidades democratizadoras que ellas hipotetizan en un contexto en que el acceso y la participación están limitados por la cobertura de cada territorio (Graziano, 1980) y también por los espacios que se brindan a los sectores populares en la distribución del PIB y los accesos a las garantías más esenciales para la supervivencia.

En este marco, las diferencias infocomunicacionales se sostienen en el tiempo.

La información global, pensada en la serie que va del análisis de su infraestructura técnica y económica hasta sus formas discursivas, imprescindible para comprender lo que nos sucede “localmente”, se está realizando bajo signos que ponen en crisis no sólo sistemas de información sino dispositivos fundamentales de la democracia y de la formación del ciudadano. (Ford, 2000, p. 68)

Años más tarde, y en pleno desarrollo de tecnologías *on demand*, analizábamos lo siguiente: “los medios pueden lograr una dispersión de voces enfrentadas, sin que eso implique perder el control del mensaje”. Así las cosas, pensábamos que “(...) La polifonía regulada es un dispositivo de enunciación por el cual los medios radicalizan

la heterogeneidad constitutiva del discurso, pero sin perder la dirección del coro” (Luchessi y Cetkovich, 2007, p. 252).

Estas limitaciones, que aplicaban perfectamente a los ecosistemas tradicionales, se analizan como operatoria en las plataformas digitales para lograr homogeneidades minoritarias.

En el contexto de pandemia, apuraron otras metáforas -también ecológicas- en las que la supervivencia es para el más apto. Sin embargo, el virus que se extendió por todo el planeta afectó a quienes, según planteaba Guillermo O’Donnell, pueden concebirse como incluidos/incluidos (O’Donnell, 2001) y, en sus desplazamientos por los distintos continentes, fueron los vectores que globalizaron la enfermedad.

Nuevamente, las ideas de inclusión y exclusión ofician de reguladoras de la salud y la enfermedad; la educación y la ignorancia; la sobredosis o la carencia. A pesar de esto, es en el exceso en que los ecosistemas digitales operan como vehículos para la desinformación, generando los procesos de infoxicación o, como se analizó años antes, *info glut*, *information overload*, *info-garbage*, *infobog*, *information smog*, *infofoglimmer*.

Todos estos conceptos generan una cultura de la hiperinformación que oculta procesos hipoinformacionales (Ford, 2005, p. 21). La idea de una misma noticia circulando por distintos ambientes y a través de distintas especies no amplían el panorama informativo. Simplemente aumentan los canales por los que se difunde poca información.

Respecto de las brechas acerca del acceso a la información, es el continente africano el que presenta mayores desigualdades. Los Países Bajos, Rusia, Australia y la mayor parte del continente americano presentan valores superiores al 79%.

Es en 2020 que la Organización Mundial de la Salud (OMS) advirtió acerca de los peligros de la Infodemia, proceso por el cual, la confusión acerca del virus solo empeoraba las condiciones sanitarias en los distintos sistemas de salud del mundo.

Los procedimientos que fomentan una erosión del sistema democrático, sus instituciones y las relaciones entre adversarios –situados en torno de ideas y alternativas binarias– tienden a establecer creencias colectivas y marcos referenciales en los que las organizaciones institucionalizadas, sean o no estatales, representan un peligro para unas ciudadanías individualistas, que no valoran los procesos comunitarios ni las representaciones políticas.

Ubicados en unas condiciones desfavorables en relación con unos usuarios que son activos y no necesitan del sistema tradicional de medios para informarse, arraigar creencias e interactuar; los medios de comunicación tradicionales negocian con ellos la satisfacción de sus demandas temáticas, ideológicas e informacionales.

Uno de los mayores problemas que se presentan es el desorden informativo que estimulan las nuevas prácticas y la pérdida de calidad de los datos que circulan, gracias a las estrategias de *clickbaiting* (García, Romero-Rodríguez y Hernando, 2019) y satisfacción de los clientes.

El tándem desinformación, individualismo, cancelación, endurece las prácticas sociales, naturaliza las acciones despóticas y transforma la cultura democrática en intolerante, violenta y autoritaria.

Entre las concesiones que se otorgan desde los portales de información se afianza la paradoja de la desideologización. Tanto usuarios como voceros informativos estigmatizan las representaciones institucionales de todo orden.

Es en estas estigmatizaciones, en las que justifican sus acciones antidemocráticas, fanatizadas y generadoras de discursos de odio. En la construcción binaria de las representaciones sociales, cada una de las posiciones polarizadas se presenta como neutral frente a otra, cuya descripción le aplica de forma indistinta, bajo acusación de fanatismo, cultura del odio y antidemocracia.

Todo desarrollo institucional es atacado por ideológico, antieconómico y viciado de corrupción. Mientras se trata de representaciones políticas, sociales o partidarias de algún orden, no reviste mayor problema para quienes elaboran información a la medida de los usuarios que desean mantener. En tanto, cuando estas construcciones afectan a las instituciones informativas, los medios también son incluidos en la demanda y se les cuestiona la credibilidad y la confiabilidad de los datos que publican.

Lo que surge de estas relaciones de demanda y concesión es un círculo vicioso, en el que los productores informativos conceden puntos de vista y datos erróneos para sostener argumentos falaces que cimientan discursos de odio. Al mismo tiempo, generan los motivos para las desconfianzas en la información que circula en la prensa y en los medios, pero también en plataformas por las que las noticias falsas –o al menos dudosas– llegan a la sociedad

Otra de las consecuencias de la erosión mediática, del sistema institucional, es la generación de un clima conspirativo -en algunas circunstancias paranoico y delirante- en el que teorías de todo tipo constituyen ambientes relacionados con la desconfianza, el aislamiento social, la oposición binaria y la violencia.

En este contexto, el marketing de la sospecha genera adeptos y detractores. A su vez, quienes sospechan de sus adversarios sosteniendo una lógica que alimenta la decodificación aberrante de las teorías sobre la construcción de hegemonías populistas (Laclau, 2005) o simplemente inclusivas de los sectores populares, no hacen más que proyectar -de forma colectiva- todo aquello que les aplica perfectamente.

Uno de los emergentes más novedosos de este tipo de construcción de oposiciones modélicas, a través de la comunicación, es que, a mayor sofisticación del hardware y el software, también crece el conservadurismo político de los actores que intervienen en las disputas sociales.

Es en la ignorancia, la falta de escucha, la rumiación del odio por lo que no se adapta a sus preceptos, en relación con modalidades programáticas -que satisfagan de forma inmediata aquello que los perturba- que transforman las creencias superadas por la ciencia, la cultura y los procesos democráticos constitutivos de la sociedad en “nuevos temas de discusión”.

Las reacciones ciudadanas en relación con las políticas inclusivas, los derechos a los servicios básicos y los diseños impositivos para el financiamiento de estas acciones, tienden a culpar a los sectores populares de las dificultades económicas o las restricciones que manifiestan tener.

En ningún caso, quienes expresan descontentos con la inclusión de los más desfavorecidos, toman en cuenta que las políticas distributivas están muy lejos de generar un reparto justo de los aportes, para sostener las garantías, que debe brindar el Estado. Tampoco, que la ampliación de los servicios de subsistencia no afecta de ningún modo a quienes mantienen sus privilegios, sin que se les pida nada ni se les haga cuestión.

El clima de desconfianza tiende a victimizar a quienes son más débiles dentro de la pirámide social. Del mismo modo, aquellos medios y resultados científicos que contradigan el sentido común excluyente y violento contra los sectores populares también serán puestos en duda por los sectores más radicalizados y los medios que negocian con ellos unos contenidos favorables a esas ideas, a cambio de unos pobres clics que los mantienen en la línea de flotación.

Esta desconfianza, sin soportes informacionales adecuados para argumentar racionalmente posiciones políticas violentas, generan especies en las que se hibridan estructuras informativas tradicionales con contenidos del orden de la ficción.

La negación de la ciencia, del derecho, la justicia, la participación política, la expresión como fundamento de la democracia y la desigualdad en el acceso a las plataformas y la mostración de otros posicionamientos que exceden a las minorías intensas segmentadas a través de *big data* (Seth C. Lewis, 2015) conlleva una vuelta a discusiones resueltas y un endurecimiento de las prácticas sociales reconstruyendo creencias, sentidos comunes y prejuicios medievales.

Conclusión

En un contexto de construcción metafórica de la sociedad como ecosistema en el que conviven ambientes y especies: tradicionales e innovadoras, tecnológicas y territoriales, politizados y violentos, las explicaciones más operacionales se acercan a las metonimias. No es en la sustitución de los rasgos que componen las tradiciones autoritarias en las que se sustentan los intercambios en las plataformas digitales. Es en la construcción de miradas totalizadoras, violentas y prejuiciosas sobre las mayorías, a través de la negación de sus componentes comunitarios que las enlazan a otras con contextos comunes, para aislarlas en los pseudo beneficios de las minorías y la diversidad.

En este marco, resulta relevante analizar el espacio que ocupan las voces minoritarias, sus sesgos antidemocráticos y el peligro que suponen para sociedades en las que amplias mayorías no acceden al proceso de la discusión.

Referencias bibliográficas

- Ford, A. (1994). *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Ford, A. (2000). Procesados por otros. En H. Valderrama, *Comunicación - educación. Coordinadas, abordajes y travesías* (págs. 65-74). Bogotá: Siglo del hombre editores.
- Ford, A. (2005). *Resto del mundo. Nuevas mediaciones de las agendas críticas internacionales*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- García Canclini, N. (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- García Serrano, J., Romero-Rodríguez, L., y Hernando Gómez, Á. (2019). “Análisis del *clickbaiting* en los titulares de la prensa española contemporánea. Estudio de caso: diario El País en Facebook”. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*. 25 (1), 197-212.
- Graziano, M. (1980). Para una definición alternativa de la comunicación. (U. C. Venezuela, Ed.) *Revista ININCO*, SP.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de cultura Económica.
- Landi, O. (1987). *Medios, transformación cultural y política*. Buenos Aires: Legasa.
- Landi, O. (marzo de 1991). Videopolítica y cultura. *Diálogos* (29).

- Luchessi, L y Cetkovich Bakmas, G. (2007). Punto ciego. En Luchessi, L, y M. Rodríguez, *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación* (págs. 251-273). Buenos Aires: La Crujía.
- Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Mata, M. (1981). Investigar lo alternativo. *Chasqui* (1), 72-74.
- McLuhan, M. y. (1990). *Leyes de los medios. La nueva ciencia*. México DF: Alianza editorial.
- Monsiváis, C. (abril-junio de 1987). El difícil matrimonio entre cultura y medios masivos. *Chasqui*.
- O'Donnell, G. (6 de junio de 2001). *Página/12*.
- Organización Mundial de la Salud (23 de septiembre de 2020). *Gestión de la infodemia sobre la COVID-19: Promover comportamientos saludables y mitigar los daños derivados de la información incorrecta y falsa*. Declaración conjunta de la OMS, las Naciones Unidas, el UNICEF, el PNUD, la UNESCO, ONUSIDA, la UIT, la iniciativa Pulso Mundial de las Naciones Unidas y la Federación Internacional Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. <https://www.who.int/es/news/item/23-09-2020-managing-the-covid-19-infodemic-promoting-healthy-behaviours-and-mitigating-the-harm-from-misinformation-and-disinformation>
- Schiller, H. (1996). *Information inequellity. The opening social crisis in America*. New York: Routledge.
- Scolari, C. (2015). *Ecología de los medios. Entornos, evoluciones e interpretaciones*. Barcelona: Gedisa.
- Seth C. Lewis, S. (2015). Journalism In An Era Of Big Dat a. *Digit al Journalism*, 3:3, 321-330.
- Villanueva Mansilla, E. (2021). Algoritmos y datos en el contexto latinoamericano. Primeras elecciones de la pandemia. En S. y. Levoyer Salas, 2020: *Comunicación pública, pandemia y elecciones* (págs. 11-28). Quito: Corporación Editora Nacional.
- We are Social (2022). Obtenido de *We Are Social*: <https://wearesocial.com/es/blog/2022/01/digital-report-2022-el-informe-sobre-las-tendencias-digitales-redes-sociales-y-mobile/#:~:text=Digital%202022%20muestra%20que%20la,a%C3%B1o%3A%20192%20millones%20de%20personas>